

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Oro y escoria...

A cierta clase de gentes no se les cae de los labios la siguiente frase:

— Yo respeto todas las ideas.

Pues con perdón, yo no respeto más que las verdaderas.

¿Qué diríamos del enfermo que respetara lo mismo el dictamen de una eminencia médica que el de un ayuno de medicina? ¿Qué respetara tanto a su esposa como a una bruja, a la autoridad como a los asesinos?

Quien de este modo procediese, ¿no debería ser tenido por loco?

En el Banco de España no se guardan los mismos respetos al billete falso que al verdadero. Allí no se recibe indistintamente toda clase de monedas, sino la corriente y de buena ley que es la que tiene verdadero valor.

Y si a mí llega el vecino a decirme: Yo recibo toda clase de monedas, buenas y malas, le contestaré sin vacilar: Pues buen provecho le hagan las falsas, que yo no recibo más que las verdaderas.

Por tanto, yo no puedo respetar todas las ideas, sino sólo las verdaderas.

¿Es lo mismo el oro que la escoria?

Caballero Cubierto

(CLENTO VIEJO)

Para tratar de asuntos parroquiales, entró en la rectoría de cierto pueblo, un paleta, más bruto que un arado, con el sombrero puesto.

— ¿Me da usted su premiso, señor cura? dijo, y sin esperar colóse dentro, y en el primer sillón que encontró a

(mano tomó a su gusto asiento.

Le miró bondadoso el sacerdote por cima de las gafas, y... ¡hola, Nemesio!

¿qué te trae por aquí?... pasa, hombre,

(pasa, y... siéntate; el sombrero...

déjale en donde quieras, contestóle,

Ligeramente sonrió el labriego, haciendo caso omiso a la advertencia, y... claro está que así siguió el som-

(brero encasquetado a rosca en su cabeza,

durante todo el tiempo

que estuvo allí tratando los asuntos

que hasta la rectoría le condujeron.

Dispuesto ya a marcharse, levantóse y sin más cumplimientos,

— con que hasta otra, señor cura dijo, a conservarse bueno.

— Anda con Dios, Nemesio, el sacerdote

(dote le volvió a contestar; mas luego viendo que aquél no hacía ni el menor amago,

ni el menor movimiento de llevarse la mano a la cabeza, volvió a decir: Pero, hombre... ¡ese

(sombbrero!

Quedóse pensativo el campesino

dudando unos momentos,

y a poco, decidido,

con tono de marcado sentimiento,

exclamó: — Señor cura, me da pena

de decirselo a usted..., porque es que

(veo!

que anda usted muy malico de la vista...

¡Dende que estoy aquí... lo tengo

(puesto...

SANTOS SANTAMARIA DE PAZ

Siete reglas de oro

Preguntaron a un sencillo campesino cómo había logrado educar con tan espléndido éxito a sus hijos. Cuatro de ellos habían estudiado y alcanzando el título de Doctor; uno era sacerdote y profesor de Universidad; los otros tres eran abogados, y todos se distinguían por su ejemplar conducta. El campesino preguntado así, contestó con toda sencillez.

— El que he educado con más esmero, es mi hijo mayor: su ejemplo influía benéficamente en la educación de los menores; así que tuve con ellos menos trabajo. En los demás he observado las reglas siguientes:

«Nunca exigí nada de mis hijos, que no hiciera yo primero, y siempre he pensado bien lo que les mandaba».

«Exigí siempre pronta obediencia: los hijos deben convenirse de que es su deber; la obediencia debe hacerseles costumbre».

«Dí a mis hijos pruebas de cariño, mas cuidando siempre de que no me perdiesen el respeto».

«Nunca sufrí contradicciones ni protestas de su parte».

«En presencia de los hijos es preciso que cuiden los padres de estar en perfecta armonía entre sí y que no encuentren los hijos en la conducta de uno de los dos un pretexto para sustraerse a los mandamientos de Dios o de la Iglesia».

«He acostumbrado a mis hijos desde niños al trabajo, sin per-

der de vista el cuidado por su salud».

«Todos los días los he encomendado a la protección de Dios».

Si todos los padres observasen estas reglas, se «horrarían» muy tristes experiencias cuando los hijos han llegado ya a cierta edad.

El banquete

Don Silverio salió de Fornos a las doce de la noche dadas... Frente a la Equitativa se detuvo un momento y desabrochándose dos botones del gabán, se quitó el flexible, se restregó los ojos con la diestra y resopló con brío... Era esta la «calaverada» anual de don Silverio: asistir a un banquete organizado cada doce meses por los compañeros de oficina. El tal banquete representaba para el metódico y ordenado burócrata un acontecimiento en toda regla y por todos conceptos. Disimuladamente se guardaba el «menú» en un bolsillo y alguna rodajita de saichichón con sus correspondientes aceitunas. Estos «trofeos» iban a manos de la señora de Covachuela, la virtuosísima y un poco achaparrada cara mitad de don Silverio...

Durante ocho días, como minimum, las sobremesas de los cónyuges no eran otra cosa que una lúbrica rememoración de aquel festejo culinario. ¡Qué estupendos manjares! ¡Qué embrujadas salsas! ¡Qué vinos! ¡Qué «complicación» de copas, copitas, cubiertos de diferentes formas, platos, etcétera, etcétera! Y la señora de Covachuela, que horizontalmente los placeres del yantar en un besugo «bien asado» o en un «magnífico cocido con despojos de gallinas», recogiendo por fin la fuente, donde aun apreciaban dispersos unos trocitos de patatas guisadas, decía a don Silverio, haciendo mutis para la cocina:

— ¡Qué «cosas» inventan los millonarios...!

La brusca parada de don Silverio al salir de Fornos es indiscutible que respondía a una razón de peso... El siervo del bal-

duque sentíase la cabeza muy caliente... ¡Aquellas dos copas de Champagne, aquel Rioja saltarino, aquel puro formidable e inacabable...! Eso, unido a un estómago repleto de salmón con mayonesa (se había servido dos veces) y de pollo con «champignon» (del que había repetido también), mas las tres copitas de «Benedictino» y dos horas de charloteo constante y espoleador del insomnio, lo habían transefigurado en absoluto. Congestionado, con las pupilas muy brillantes y los ojos muy abiertos, el señor Covachuela se dirigió hacia la Puerta del Sol, de prisa, erguido, con un contoneo «donjuanesco», y hasta silbando, sin darse cuenta, el final de un cuplé picarón...

Para llegar a su piso cuarto de la calle de Santa Isabel, don Silverio avanzaba ya muy decidido por el lado... opuesto, o sea por la calle de la Montera. Junto a San Luis se dió cuenta de su «distracción» y, volviendo sobre sus pasos, tomó el verdadero rumbo, más de prisa todavía...

Don Silverio se abismó en un inocente soliloquio imaginativo.

— ¡Magdalena, medio dormida y con los pechos en huelga, saldrá a recibirme muy enfadada...! ¡Como todos los años...! Se habrá puesto mis zapatillas, porque... ¡no hay otras en casa!... Bufando correrá a meterse en la alcoba y desde allí me dirá a gritos: «¿Has cerrado bien la puerta...? ¿Has echado el cerrojo...?»

Luego, más despaullada, y con el embozo a la altura de la barbilla, me preguntará, mientras yo coloco sobre la mesa de noche la pitillera y doy cuerda al reloj: «¿Has comido bien? ¿Qué has comido?... ¡Mira! — le diré, mostrándole el «menú» —; y ella, leyéndolo con algún trabajo, y sin sacar fuera de las sábanas más que los dos dedos con que apriajona la cartulina impresa, exclamará, cada vez más furto: ¡«Puré parmentiers!... ¡«Salmón con mayonesa»!... ¡«Pollo con champignon»!... ¡Vinos... panes, Champ gne... café...! Y devolviéndome el «documento» me dirá... como todas las años: «¡Chico, qué cosas!».